



VIVIR LA LECTURA

Galo Guerrero-Jiménez

grguerrero@utpl.edu.ec

Departamento de Ciencias de la Educación

Universidad Técnica Particular de Loja

Loja-ECUADOR

Resumen

Vivir la lectura significa aprender a valorar lo que hay en ella, siendo el ser de lo humano lo que se alimenta de esa realidad textual que llega a ser valorada y apreciada desde diferentes ángulos. Desde el ser de la lectura nos ubicamos en el ser de nuestra condición humana. De ese modo será posible que el escolar, el novel lector, aprenda a vivir la lectura. Vivir en estado de lectura, como si se tratase de una práctica más, de las múltiples que ejerce el ser humano, es lo ideal, y quizá una de las más importantes para llenar de vida el carácter subjetivo y de apetencia a la que todo ser humano tiene derecho desde una opción muy personal para mirar el mundo. Y qué satisfacción poder emitir, luego, un juicio crítico y valorativo, que no es otra cosa que evaluar los aspectos positivos y negativos con la suficiente capacidad argumentativa para dar razones acerca de nuestra propia visión del mundo. El lector que vive la lectura sabe, desde lo más profundo de su interioridad, que el texto posee un aire sagrado, porque invita a compenetrarse con su realidad desde la más alta valoración humana. Se trata de un lector que sabe lo que está leyendo: con su actitud lectora consagra el valor que el texto tiene. Desde lo

más excelso de su ser de persona, configura un diálogo, una manera de ser que atrae porque sabe disfrutar, valorar y asumir un saber, el del texto, no al estilo del que comercializa para simplemente vender, sino al estilo de quien sabe difundir la nobleza que el libro respira, no para degradarlo sino para consagrarlo.

Vivir la lectura

Cada ser humano busca las mejores condiciones de vida para tratar de vivir bien. Algunos equivocan su camino porque creen que se vive bien solo desde el tener, en tanto que otros lo hacen desde el ser. Proceder desde el ser es la mejor opción de vida para enriquecernos intelectual, emocional y espiritualmente.

Una de las grandes opciones de vida para enriquecer el ser está en la lectura. Cuando esta es adecuadamente asumida, le brinda a nuestra condición humana una gran libertad interior, la cual nos lleva a optar por encuentros cada vez más satisfactorios de vida.

Desde el ser nos damos cuenta que "la lectura no es asunto de masas y muchedumbres, porque se vive mejor en la intimidad y en la confianza de la relación, en pequeños grupos



informales o a solas con alguien” (Patte, 2011: 39). Vivir la lectura es aprender a valorar lo que hay en ella, y es el ser el que se alimenta de esa realidad textual que llega a ser valorada y apreciada desde diferentes ángulos. Para ciertos lectores lo esencial está en el placer de aprender a comunicarse, a compartir desde el intercambio de la palabra. Para otros, lo esencial está en el placer de aprender a entender, a inferir y a valorar críticamente lo que leen.

Vivir la lectura es un encuentro verdadero con el texto. En él se encuentran gratas sorpresas, nos acerca al mundo, nos despierta la sensibilidad. Desde la lectura cada momento es nuevo, estimulante. Placentero.

Desde el ser de la lectura nos ubicamos en el ser de nuestra condición humana. Se trata de una vivencia en la que nos vemos satisfactoriamente listos para “inventar sin cesar, sin que esto signifique renegar de las valiosas herencias que hemos recibido de aquellos que nos precedieron; herencias que adquieren un nuevo sentido al responder a los desafíos de nuestro tiempo” (Patte, 2011: 40).

En verdad, si desde la lectura podemos responder a los desafíos de nuestro tiempo, entonces sí se vive la lectura. Este tendría que ser el ideal supremo de la escolaridad en todos sus niveles: se aprende no solo porque el profesor está al frente explicando un tema, sino desde el cúmulo de ideas y de aportes a la vida que en cada texto consta, bien sea científico, literario, filosófico o humanístico en general. Pero no es el texto en sí, sino el lector el que le da ese nuevo enfoque, el que vive la lectura, no para cumplir con una tarea, ni para rendir una evaluación, ni para complacer a nadie.

Se vive la lectura porque desde ella se aprende “a amar lo que es bello, grande, divertido, fino y sutil. ¿Cómo se escogen los textos? La respuesta del adulto responsable es clara: ofrezco los textos que me gustan, que me

conmueven personalmente” (Patte, 2011: 44).

Cuando se habla de escolaridad es el adulto, en este caso el profesor, quien primero aprende a vivir la lectura para que se convierta en el más efectivo mediador y en promotor de los textos que le gustan y que le conmueven.

De esta manera será posible que el escolar, el novel lector, aprenda a vivir la lectura. Paulatinamente aprenderá a descubrir que “el libro ofrece espacio y tiempo para profundizar, para abrirse, para compartir. Siempre al alcance de la mano, inalterable, nos permite regresar a lo que nos conmovió, ir más allá de una emoción pasajera” (Patte, 2011: 45). Si es así, el lector aprende a vivir la lectura y a vivir el ser para que el tener tenga razón de ser.

Vivir en estado de lectura. Al igual que el ser humano tiene su propio mundo, dado su carácter singular y único para existir con sus propias particularidades, el libro también tiene vida propia, su singular mundo de realización. Y así como el ser humano tiene múltiples posibilidades de realización, el libro también tiene muchas formas de existencia porque siempre dice más de lo que su autor se propuso.

Es verdad que el autor clausura el texto en el momento en que termina de escribirlo, pero sus potencialidades de interpretación no concluyen con la visión ni con la intención de su autor. Es el lector quien hace rebasar toda intención autoral. Incluso, el libro va mucho más allá de lo que el lector comprende. Y es en este espacio de interpretaciones, según sea el nivel de conciencia de cada lector, en el que se puede fraguar un cierto “poder de libertad, de liberación, de inadecuación” (Bravo, 2009: 139) para que el lector pueda mirar el mundo desde una perspectiva crítica, y sobre todo para que pueda verter toda su condición de sujeto humano que piensa, que ama, que sufre, que busca la felicidad según sea su estructura subjetiva para mirar el mundo racional y pasionalmente.



De acuerdo con Bravo (2009: 152), “el hombre tiene una mirada ideológica sobre el mundo creando los lazos identitarios con lo real”. Una mirada ideológica que se pule subjetivamente en la medida en que el contacto con el libro “es capaz de estremecer los fundamentos de la existencia misma, y transformarla” (Bravo, 2009: 150).

Por consiguiente, se trata de una “lectura en libertad, la que se aleja del dominio del control pedagógico” (Bravo, 2009: 150), y que se la asume desde el mayor deleite estético, cognitivo y axiológico “como un pedazo de vida apartado de la vida, pero dotada de la rara capacidad de hacer más preciosa e intensa esa vida de la que se aparta” (Bravo, 2009: 150) para compenetrarse desde una conciencia crítica con el mundo, y en cuya mirada ideológica va expuesta la capacidad subjetiva del lector. Y es que “la lectura impregna la subjetividad. La transforma, la moldea. Hay una experiencia esencial a la que se puede llegar con la lectura: cuando el lector sabe que esa lectura, quizás imperceptiblemente, ha cambiado su vida” (Bravo, 2009: 150).

Vivir en estado de lectura, como si se tratase de una práctica más, de las múltiples que ejerce el ser humano, es lo ideal, y quizá una de las más importantes para llenar de vida el carácter subjetivo y de apetencia a la que todo ser humano tiene derecho desde una opción muy personal para mirar el mundo. Cada quien sabe cómo comprende el mundo de manera distinta y en momentos distintos, gracias al poder subjetivo que nos sirve para generar sentido desde el horizonte de la reflexión, de la ponderación y de la educación que vamos labrando a lo largo de nuestra existencia. Aquí es donde el acto de lectura se hace posible gracias a la noción de libertad que cada lector tiene para formarse y proyectarse como ser humano, y qué mejor desde “un amor auténtico por el libro y la lectura y una disponibilidad indudable para compartir

con los demás ese amor que nos lleva a buscar congéneres” (Argüelles, 2009: 77) desde unos objetivos que “no son ni el libro ni la lectura, sino los seres humanos y su relación con los libros y la lectura, en una búsqueda de un mayor y mejor disfrute por la vida” (Argüelles, 2009: 77).

Vivir rodeado de libros. Vivir rodeado de libros es vivir plétórico de vida, de alegría, de ilusiones y lleno de una atención permanente para cada texto. Él le inyecta al buen lector enormes satisfacciones personales para que cada circunstancia de la vida tenga sentido.

La llegada de un libro a la biblioteca de una casa particular de un buen lector es como la llegada de un buen amigo que se queda para compartir ideas y entablar un diálogo saludable en torno a los problemas cotidianos.

La llegada de un libro es como la llegada de un hijo: la alegría no cabe en el corazón; el entusiasmo se desborda porque el libro y el hijo son amados, son vida, son esperados para compartir. Y tal como un padre y una madre se atan a un hijo, así el buen lector se ata al texto; pues, no puede abandonarlo; más bien surge una poderosa atracción para atenderlo, para cuidarlo y sobre todo para degustar de su presencia: se trata de un acto de libertad intelectual profundamente sentido y, por lo tanto, altamente valorado.

Si de nuestros hijos esperamos que crezcan sanos y actos para aportar al desarrollo social, eso se espera también del libro; él es el que nos hace crecer sanos, robustos de ideas, de voluntad y de creatividad para saber enfrentar los problemas y las buenas oportunidades que en la vida se nos presentan.

Si vivir rodeados de nuestros hijos es de una enorme satisfacción, vivir rodeado de libros lo es también, siempre y cuando no queden abandonados para siempre en las paredes de la casa o amontonados en un cartón o en cualquier



parte de la casa, empolvándose como si fuesen una cosa inútil que no nos sirve para nada, lo cual es muy penoso, como lo es el hecho de abandonar o no cuidar adecuadamente a un hijo.

La presencia de un libro debe importarnos tal como nos importa la presencia de un hijo. No es una obligación criar, cuidar, educar y mantener a un hijo: es un deber y una bendición. Así es la presencia de un libro: nos vemos voluntaria y libremente comprometidos a inmiscuirnos en sus entrañas, en ese mundo especial de ideas selectas que desde la lectura detenida, pausada y en silencio podemos adentrarnos para abstraer lo mejor para fortalecer nuestra intelectualidad y espiritualidad desde una actitud dialógica, interrogadora y analíticamente fructífera, amena y de reflexión en torno a las novedades fecundas que el texto nos presenta.

Qué grata experiencia que es saber captar lo que el texto expresa (literalidad), y luego, con un grado más de esfuerzo, poder ir más allá de lo que está puntualizado en él, es decir, de aquello que podemos llegar a suponer, de las inferencias a las que el texto nos lleva, de conformidad con nuestros conocimientos previos, para nutrirnos de los descubrimientos que logramos obtener con un fuerza interior que ponemos en juego para poder encumbrar el correcto camino del pensamiento desde la reflexión, el análisis, el cuestionamiento y el aporte personal que nos es posible extraer.

Y qué satisfacción la de poder emitir, luego, un juicio crítico y valorativo, que no es otra cosa que evaluar los aspectos positivos y negativos con la suficiente capacidad argumentativa para dar razones acerca de su verosimilitud. De esta manera, lo que hemos hecho es trasladar el texto a nuestra vida para obtener nuestra propia visión del mundo.

El libro como ente sagrado. Los intelectuales, los académicos, los profesores,

los estudiantes, los artistas, los científicos y toda persona altamente pensante, profesional o no, que ha hecho del libro, o más bien dicho de la lectura, un medio de vida, porque desde él puede proyectar su humanismo y su cultura, debe seguir defendiendo la cultura del libro no como un mero objeto de comercialización —que es lo que hace mucha gente para ganarse la vida, pero no para proyectar vida desde el libro—, sino como un espacio, quizá el más importante del ser humano, para que el libro se democratice, se popularice y se difunda como objeto sagrado de lectura, y no como mera letra muerta.

Es decir, desde el valor que el texto tiene, dada la más alta consideración que el libro se merece, bien sea desde su presentación física o virtual, pueda estar a la mano, o en las manos de todos quienes llegan a pensar que el texto escrito no es una mera mercancía que se toma para utilizarlo de vez en cuando, para cumplir una tarea o un deber, sino para que haya un pleno desarrollo convivencial de un lector que sabe, desde lo más profundo de su interioridad, que el texto posee un aire sagrado, porque invita a compenetrarse de su realidad desde la más alta valoración humana. Se trata de un lector que sabe lo que está leyendo; es un entendido que con su actitud lectora consagra el valor que el texto tiene.

Cuando el libro circula, es decir, cuando se lo difunde no debe ser al estilo de una mera comercialización como lo hacen, por ejemplo, aquellos vendedores que van a una institución educativa para vender un lote de libros, a través del profesor de aula o de las autoridades educativas, como si estuvieran vendiendo cualquier otro producto del mercado. Claro, al vendedor lo que le interesa es vender, a veces sin que tenga ni idea del carácter sagrado del texto. A él, al vendedor, eso no le interesa; lo que desea es que el producto se venda, no que se lea.

Como sostiene Zaid (2010) “El comercio



del libro parte y se aparta del templo” (45). Los vendedores, los librereros, los distribuidores, las editoriales y hasta los bibliotecarios y profesores poco conscientes del valor sagrado que el texto tiene, lo que hacen del libro es una simple mercancía, en la que como cualquier otro producto comercializan el libro desde un simple bla bla para que el lector compre el libro por el mero hecho de comprarlo, de manera que lo mismo les da que el comprador o adquirente del libro, lo lea o no.

El texto que está de boca en boca de entendidos que saben lo que él contiene (y aquí entran todos los buenos lectores, sean librereros, profesores, estudiantes, empresarios, vendedores...), lo divulgan, lo comercializan en el buen sentido de la palabra, lo hacen público desde la cultura de la lectura, con ese carácter sagrado, con sabor a templo, porque saben de lo que están conversando y del valor que él tiene; pues, lo hacen con la mayor seriedad, con el mejor formalismo y con lo más excelso de su ser de personas; configuran un diálogo, lo revelan a los demás; se trata de una conversación que atrae porque saben difundir un saber, el del texto, no al estilo del que comercializa para simplemente vender, sino al estilo del que sabe difundir la nobleza que el libro respira, no para degradarlo sino para consagrarlo.

Cuando la lectura llega al ser del lector.

Toda persona alfabetizada dispone de las bases neurolingüísticas para leer encontrándole vida a las palabras. Esto sucede cuando se acude a un texto, sin escrúpulos, sin prejuicios, sin vergüenza, de manera que ese espacio de lectura se convierta en un espacio adecuado, cómodo, pensante, en donde ni el miedo, ni los nervios asustan a ese lector que con voluntad decide adentrarse en las páginas de un texto para salir robusto de ideas, de ilusiones, y con el serio compromiso de aprender a valorar la vida en sus múltiples manifestaciones.

Como señala Michèle Petit: “Sean cuales

fueren las dificultades de la vida social o psíquica de un sujeto, siempre se puede esperar un nuevo despliegue de sus posibilidades si se le sabe escuchar y modificar la óptica desde la cual se ve esa persona”(2009: 38) para emprender en la aventura de leer, al inicio, quizá con serias, penosas o pequeñas dificultades; pero luego, con el talante que le caracteriza a cada sujeto, poder llegar a tener la firme convicción de que es posible sacarle partido a toda buena lectura.

Lo importante es que psíquicamente el lector esté en condiciones de llegar a sentir un profundo interés por lo que lee, acto sin el cual no es posible el “despertar sensible, intelectual y estético” (Petit, 2009: 49) que son, entre otros, asuntos básicos para que la lectura llegue a tener el mayor sentido de proyección humana.

Un lector no solo aprende y comprende; llega a sentir una lectura como se siente el amor del ser querido. Toda palabra leída tiene que llegar a ser sentida, valorada, procesada interiormente. El autor nos está prestando su voz para que aprendamos a escucharlo, y esta escucha solo es posible si le prestamos toda la atención a esas palabras. Una atención que no se concentra solo en la cabeza, es decir en el intelecto, sino también en el corazón, en la sensibilidad.

Cada texto tiene que hacer mucho en la cabeza y en el corazón de un lector. El texto, desde una información determinada, se convierte en una colección de ideas y de vida que el lector aprende a valorar como fruto de una continua experiencia lectora; es decir, de un esfuerzo permanente para que esa palabra leída se encarne libremente en él. Se trata de una lectura que llega a tener su propia gravedad.

Un mismo texto puede suavizar, preocupar, embelesar, impactar, conmover o dejar profundamente preocupado a un lector que al poner su cabeza y su corazón en el texto lo promueve a la toma de una concentración



admirable. La historia, es decir, el contenido de ese texto se adentra en las entrañas del ser lector. La historia, una vez metida en la “sangre” de ese lector que con tanta concentración lee es capaz de provocar reacciones muy peculiares, como la que apunta Michèle Petit, a propósito de una mujer que va leyendo en el metro: “Siempre leí en el metro, que tomo cada día para ir a mi trabajo. De ese modo me veo transportada a un lugar radicalmente lejano. Me acuerdo de un día en que estaba leyendo una aventura que se desarrollaba en el Polo Norte. Yo iba por la ventisca, en medio de los renos y los perros; estaba tan metida en la historia que de repente levanté la cabeza, vi a esa gente alrededor de mí... y por un instante pensé: ‘Pero ¿qué hacen todos ellos aquí?’”(2009: 78).

En efecto, cuando hay una concentración de esta naturaleza, es porque la lectura ha llegado al ser del lector, a la más íntima esencia de su condición humana.

Leer es una bendición. William Blake decía que “la maldición estimula. La bendición relaja” (citado por Manguel, 2011: 53); en este orden, leer un texto es una bendición porque su lectura nos relaja, nos vuelve activos en una sociedad que ha perdido su capacidad para aprender a pensar con rigor y que todo lo quiere fácil. La palabra impresa, bien leída, le da sentido y coherencia al individuo lector “para que se conozca a sí mismo y conozca su relación con el mundo” (Pazo, 2011: 9). Si no es así, la marginación social es el primer asalto a la inteligencia que un ser humano afronta por no estar bendecido por el ambiente simbólico que la palabra leída genera.

Y, ante todo, leer es una bendición porque aprendemos a conocer mejor el mundo, y sobre todo al ser humano, que es el que, dada su estructura biológico-personal-espiritual, está llamado para relacionarse con los demás desde el ambiente narrativo que es el que genera vida y un fluido contacto humano. Vivimos y nos

relacionamos mejor con el prójimo porque nos nace conversar, contar y narrar todo cuanto nos es posible. Como sostiene Manguel: “Llegamos a este mundo empeñados en encontrar una narrativa en todo: en el paisaje, en el cielo, en las caras de los demás y, por supuesto, en las imágenes y palabras que nuestra especie crea. Leemos nuestras propias vidas y las de otros, leemos las sociedades en que vivimos y aquellas que existen más allá de nuestras fronteras, leemos imágenes y edificios, leemos lo que se encuentra entre las pastas de un libro” (2011: 7).

En fin, leemos (narramos) todo lo que vemos y hacemos, y qué mejor que leer la palabra escrita para entender y valorar, para comprender y cuestionar, para pensar y criticar, para inferir y juzgar. Así, nuestra razón, que es la que analiza el mundo, estará mejor preparada para adentrarnos en la realidad cotidiana desde actitudes más novedosas, más creativas, y ante todo, con más transparencia para que lo que hagamos tenga sentido humano.

El deber de todo lector, por lo tanto, está en darle sentido a la palabra escrita; como dice Manguel: “Un sentido más puro a las palabras de la tribu” (2011: 18), es decir de la comunidad a la cual pertenecemos: la familia, las instituciones y la compartencia con las amistades. Ahí está la bendición de la palabra leída; pues, nos permite un acercamiento a la idiosincrasia humana, a la verdad, a las costumbres, a la cultura y a la ciencia que genera toda comunidad, por pobre que esta sea.

Leer para enfrentar el agobio, la mentira, la demagogia, el adulo, la incertidumbre y los miedos de toda índole que amenazan nuestro equilibrio emocional si no buscamos la palabra profunda, orientadora, franca, y sobre todo iluminadora y portadora de sentido humano que es lo que todo buen libro tiene. Y es que, “conforme leemos y releemos al paso de los años, estas actividades se multiplican y se hacen



eco unas de otras. Un libro que amamos en la juventud de pronto es recordado por alguien a quien se lo recomendaron hace mucho, la reimpresión de un libro que creíamos olvidado lo vuelve otra vez nuevo ante nuestros ojos, una historia leída en cierto contexto se convierte en una historia distinta con otra portada. Los libros gozan de este modesto tipo de inmortalidad” (Manguel, 2011: 35), que no deja de ser otra gran bendición. De esta manera, la lectura nos bendice hasta el final de nuestros días; claro, se trata de un excelso disfrute que no se olvida ni en los fragores más duros de la vida.

El tiempo de lectura. El ser humano es ente de sueños, de proyectos, de fantasías, de imaginación, de valores, y sobre todo está lleno de una enorme creatividad que lo motiva y lo lleva, gracias al desarrollo de su inteligencia, a crear todo cuanto hoy vemos y tenemos a mano para disfrutarlo y vivirlo de conformidad con nuestras maneras para asumir la vida en sociedad.

Dentro de este componente humano de fluida creatividad está el valor de la lecto-escritura. Es enorme la cantidad de libros que se han escrito a lo largo de toda la historia humana.

Todo texto escrito, sea de la índole que sea, es un proyecto de vida, y por ende un proyecto de lectura para quien lo lee. El vigor que un texto tiene es de suma trascendencia. En él se lee el mundo, la vida, quienes somos, en donde estamos y para qué estamos.

En este orden, toda lectura, y en especial la de la literatura, filosofía y teología, nos introduce en un tiempo y espacio propios, dado que la experiencia de cada lector le posibilita una felicidad especial y una libertad que le producen un “vasto espacio de transgresión” (Petit, 2008: 51) gracias a la multiplicidad de posibilidades creativas que el lector tiene para consciente o inconscientemente percibir un devenir psíquico de revelaciones, de ensueños, de paz, de

rebeldía, de aciertos, de disfrute, de compromiso; y, ante todo, porque desde la lectura es posible llegar al otro, abrirse a los demás para ampliar su horizonte y el nuestro con una visión del mundo que nos permite introducirnos en él de una manera diferente. El mundo nos espera, y desde la lectura nos sentimos mejor equipados para enfrentarlo y no sentirnos excluidos.

Por consiguiente, el tiempo de lectura, el que dedicamos a leer, es un tiempo de vida, de fortalecimiento personal. Se trata de un empleo útil del tiempo. En el tiempo de lectura nos sometemos a un texto con plena libertad para descubrir sus valores. Se trata de una “actividad por medio de la cual uno se vuelve propietario de un saber, de una cantidad de conocimientos o, en términos más modernos y más descarnados, de una cantidad de información” (Zuleta, 1985: 33) que nos sirve no tanto para memorizarla sino para pasar “de una humanidad hecha por el texto a una humanidad que hace el texto” (Fethi Benslama, citado por Petit, 2008: 59) en un lector que desde una recepción muy particular repara en lo leído para asumir una actitud ante el mundo.

Desde esa actitud lectora le damos un nuevo sentido experiencial a la vida de uno y a la de alguien, porque podemos con más facilidad tener una apertura hacia el otro. Desde la lectura podemos volvernos agudamente críticos, rebeldes y modestamente creativos; pero, ante todo, aprendemos a crear y mantener dignamente nuestro propio espacio, íntimo y altamente reparador humanísticamente, en virtud de que, como sostiene Petit: “La lectura es una vía de acceso privilegiada hacia ese territorio de lo íntimo que ayuda a elaborar o sostener el sentimiento de la individualidad, al que se liga la posibilidad de resistir a las adversidades” (2008: 69).

Y es este sentimiento de la individualidad el que nos permite fortalecer nuestra personalidad, una manera de ser especial que un buen



lector tiene para aportar creativamente y comprometerse con el valor de lo humano.

El ambiente positivo de la lectura.

Encontrarle sentido a lo que se lee, es encontrarle placer a la lectura. Qué placentero que es entender lo que se lee. Las expresiones de un texto son hermosas cuando el lector se asombra ante tanta belleza que logra experimentar mientras lee.

Leo y mi pensamiento vuela hacia otras dimensiones; se enardece mi afectividad; me transporto a lugares que quizá nunca imaginé si no fuera por la lectura que me permite decodificar, interpretar, evocar realidades, asignar significados y aprender a pensar. La lectura me compromete como persona porque es el ser entero, completo, el que con decisión y empeño me hace encontrarle sentido a aquello que leo.

La mejor manera de aprender a pensar es leyendo. Cuántas ideas, imágenes, realidades, metáforas, imaginación, verdad, fantasía, quimeras, y sobre todo, qué calidad de vida que se adquiere conforme mi humanidad se compenetra del ambiente lector.

Cómo se enriquece mi espíritu leyendo, cómo analizo e interpreto el mundo desde la lectura, y cuántas luces encuentro y cuántas puedo dar desde la lectura de un buen texto; desde aquel texto que con pasión me fascina, me entretiene y me deleita tal como un ser querido se compenetra en mi realidad interior.

Cómo las cosas más sencillas se pueden expresar con tanta belleza en una obra literaria, en un texto científico, en uno filosófico, teológico, etc. cuando con cuanta sabiduría el autor plasma sus ideas desde el conocimiento, desde su experiencia vital y con un adecuado manejo de la lengua.

Podemos descubrir amor, vida, ternura y abundantes reflexiones sobre la validez de

todo cuanto existe. Cuando se descubre estos elementos parecería que estamos en el paraíso. Así es de excelsa la lectura, así son los textos, así es de mágico el mundo de los libros.

Cuánta riqueza, candor, musicalidad y contemplación en el mundo de la poesía, por ejemplo. Y sobre todo, qué aportes para entender y valorar el mundo. Cómo podemos analizar la vida mucho más allá de lo que apenas vemos. Cómo la lectura nos complace, cómo aprendemos a meternos en el mundo de los que aman y también de los que odian cuando la literatura trata de auscultar el complejo y rico universo de nuestra psiquis humana.

Cómo me compenetro y me lleno de Dios cuando desde la experiencia mística leo a autores que han podido calar en lo más hondo del pensamiento teológico para hacernos ver que la vida desde esa realidad extática es sublime; es sobre todo “el camino, la verdad y la vida” que necesitamos para bien vivir.

Cómo no quedarme extasiado ante el esfuerzo humano de unos cuantos científicos e investigadores que han podido elaborar complejos y exquisitos aportes teóricos en el mundo de la ciencia para que la humanidad pueda disfrutar de buena salud, de ambientes sanos, laborales, educativos, comunicativos, informáticos y globalmente adecuados para que la tecnología pueda desarrollarse a favor del confort humano, y que yo pueda tener acceso a esta información desde el bien trazado esfuerzo de la lectura que es la que me permite aprender a valorar todo este milagro humano en el que aprendo a instruirme para llegar a adquirir una determinada formación para poder brindar mi modesto aporte intelectual y espiritual a favor del desarrollo humano.

El deseo de leer. Si cuando se lee no se siente el deseo de hacerlo, es como ir a misa por obligación; por lo tanto no hay goce ni satisfacción en la tarea emprendida. A leer se



va con todo el deseo de descubrir lo misterioso, lo desconocido, lo enigmático. Leer o ir a misa con todo el deseo, es como ir en pos del amor amado, del amor que espera y es esperado con ese goce infinito, a veces indescriptible, de vivir el goce anticipado, profundamente anhelado de saber qué es lo que va a pasar en ese encuentro en el que uno cree estar en condiciones de ejercer ese deseo de poder, por sí mismo –porque lo siente–, emprender en una relación enormemente simbólica y ávidamente imaginaria porque nos altera los sentidos y es posible producir sentidos.

Si es así, la lectura, la misa, el amor, tienen sentido, sobre todo porque no se trata de asentir sino de imaginar. Y la imaginación es producto de la pasión, del interés, de la voluntad y del deseo extático para entrar en relación con un código (de signos gráficos) y con un afecto especial, muy personal y de un trabajo fecundo, cerebral, emocional y creador para leer desde el mejor aporte humano.

Los efectos de este deseo lector no van en una sola dirección; se trata de “una lectura plural, generadora de goce y transformaciones subjetivas e intersubjetivas, modificadora de las relaciones imaginarias, cuestionadora del orden simbólico” (Navarro, 1979: 89), según sea la idiosincrasia del lector que cada vez que le es posible adentrarse en el texto, proyecta en él lo que él es, lo que su realidad mundana ha hecho de él en el trayecto de su trajinar por la vida.

Por lo tanto, es desde este goce emocional e intelectual, pero con el porte de su yo, es decir de su ser, que es posible producir lectura, escritura, investigación y aprendizaje, no porque el lector se imponga alguna carga de saberes, sino porque desde el conocimiento del texto tiene la facultad de crear significados.

Y así como el deseo del amor no se queda en el mero encuentro de la pareja (varón-mujer) que se ama, el deseo de leer no se queda en

el encuentro de la pareja lector-texto. Es decir, el deseo no se queda solo en la lectura (pasar la vista por las letras): se produce, se crea, se procrea, se recrea lectura. Esto significa que el lector no se queda en lo meramente literal. Desde el goce personal, el lector se proyecta a lo inferencial, a lo interpretativo, a buscar lo que puede encontrar más allá de las palabras que aparecen en el texto. El lector se adentra en el goce de saborear lo oscuro hasta encontrar algún grado de claridad, de luz que le permita valorar y juzgar ese hecho lector que como producto de ese goce le promueve luego a escribir y a investigar como una gran alternativa que en el lector fluye sutil y vigorosa. Pues ese goce y ese disfrute lector son los que promueven el espíritu de la cultura y de la ciencia como uno de los grandes acontecimientos estelares de la humanidad.

Desde el goce lector se puede pasar, en consecuencia, a ser autor, creador de textos, es decir, creador de significados. De manera más concreta, en el texto hay una significación y en el lector un significado. Lo bueno es que en ambos casos (autor y lector) está la voz del hombre libre que construye significados desde esa magnífica morada en la que habita el texto.

Referencias bibliográficas

- Argüelles, J. (2009). *Si quieres... lee*. Madrid: Fórcola Ediciones.
- Bravo, V. (2009). *Leer el mundo*. Madrid: Veintisiete letras.
- Manguel, A. (2011). *Lecturas sobre la lectura*. (Juan Elías Tovar, trad.). Barcelona. México, D.F.: Océano Travesía.
- Navarro, J. (1979). “Lectura y literatura”. En Bustamante, G. y Jurado, F. –compiladores– (1998). *Los procesos de la lectura. Hacia la producción interactiva de los sentidos*.



Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

Patte, G. (2011). *¿Qué los hace leer así? Los niños, la lectura y las bibliotecas.* (Lirio Garduño Bueno, trad.). México: Fondo de Cultura Económica.

Pazo, L. (2011). *Actos de lectura. Aportes teóricos a la práctica literaria.* Buenos Aires: Editorial Biblos.

Petit, M. (2008). *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público.* (Miguel y Malou Paleo y Diana Luz Sánchez, trad.). Tercera Reimpresión. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica: Espacios para la Lectura.

Petit, M. (2009). *El arte de la lectura en tiempos de crisis.* (Diana Luz Sánchez, trad.). México, D. F.: Océano.

Zaid, G. (2010). *Los demasiados libros.* Barcelona: Debolsillo.

Zuleta, E. (1985). "Conferencia sobre la lectura". En Bustamante, G. y Jurado, F. – *compiladores-* (1998). *Los procesos de la lectura. Hacia la producción interactiva de los sentidos.* Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

Biodata

Galo Guerrero Jiménez: Doctor (Ph.D) en Filosofía en un Mundo Global, Universidad del País Vasco, San Sebastián, España. Doctor en Lengua Española y Literatura, Universidad Técnica Particular de Loja, Ecuador. Coordinador de la carrera de Licenciatura en Lengua y Literatura y profesor investigador en el campo de la axiología y antropología de la lectoescritura, Departamento de Ciencias de la Educación, Universidad Técnica Particular de Loja, Ecuador.